
El Santo de “La Vieja”

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7818

Título: El Santo de “La Vieja”

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 12 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 12 de octubre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Santo de “La Vieja”

Prímula impera. El cielo divinamente azul y estriado de oro, acaricia con su luminosa tibiedad el verdegal del campo, constelado de florecillas multicolores.

Los pájaros, en tren de parranda, han abandonado la selva húmeda y crepuscular para lanzarse en rondas frenéticas por la atmósfera inmóvil, donde se embriagan de luz y de perfumes.

Y otra vez el amor, el germen de la vida, la semilla de eterno poder germinativo emerge del vientre fecundo de la madre tierra, de inagotable juventud.

En los ranchos de don Servando, grandes nidos de hornero. El bruno de las paredes desaparece encubierto por el opulento follaje de las parietarias silvestres, entre cuyas redes zumban los mangangás, revolotean las mariposas y ejecutan sus acrobacias los incansables colibríes. Los chingólos familiares se persiguen, gritan, saltan, vuelan, permitiéndose hasta audaces incursiones al interior de los ranchos, y a veces rozan sus alas el cordaje de las guitarras, probando fugaces armonías que semejan burlescas risas de alegres jovenzuelos.

Diseminados por el patio se ven numerosos grupos. Sentados a la sombra del ombú, el dueño de casa y otros viejos, vacían pavas y tabaqueras, evocando recuerdos de los tiempos remotos.

Los guitarreros se turnan para que todos puedan compartir los placeres del baile y del galanteo; y también se turnan las muchachas, reemplazándose en el acarreo del mate y en los

preparativos de la cena, teniendo por base la vaquillona con cuero, cuyos asados preparan desde hace horas, emulando en maestría y en paciencia, viejos de enmarañadas barbas tordillas y mocetones lampiños.

El horno, cargado al alba, conserva aún ardientes sus entrañas: después del “amasijo”, las tortas y las rosas, y últimamente, a fuego lento, los lechoncitos mamones...

Cerca del horno, en cuclillas frente a la olla de hierro de tres patas, tía María, la negra centenaria, no cesaba de amasar y freír pasteles, que iban desapareciendo con mayor rapidez que la por ella empleada en confeccionarlos...

Al lado de la puerta del rancho, repantigada en rústico sillón, —obra del viejo Servando,— con asiento y espaldar tapizado con fina y vistosa piel de ternera yaguané, la cabeza cubierta con un pañuelo de seda azul y blanco, —reciente obsequio de su hijo primogénito,— “la patrona” distribuía entre todos la plácida mirada de sus ojos de santa y su sonrisa de infinita bondad.

Y cuando se recibió el aviso de que “faltaba poquito pa estar a punto los asaos”, tres guitarreros desgranaron las notas briosas y alegres de un pericón.

Formáronse rápidamente las parejas, pero antes de iniciarse el baile:

—¡Alto! —gritó Pedro, el primogénito, quien fué hasta el ombú, y tomando de la mano a su padre, lo obligó a levantarse y a seguirlo, diciéndole:

—Venga, tata.

Lo llevó hasta el sitio desde donde continuaba sonriendo beatíficamente la madre, a la cual cogió la diestra, y echándola en brazos del esposo, dijo:

—Hoy es el santo de la vieja; los viejos tienen que hacer los

honoros del baile...

—¡Sosegate, muchacho! —replicó ella sin oponer mayores resistencias.

Don Servando, súbitamente rejuvenecido, aceptó.

—¡Vení, vieja!... Vamos a echar un vistazo a las taperas y a enseñarles a estos charabones cómo se bailaba el pericón cuando nosotros éramos potrancos y nuestros padres tenían maniaos los redomones junto al guardapatio, y clavadas las lanzas al laito, esperando que llegasen las barras del día pa dir al encuentro de los camaradas, pa cumplir la palabra de morir defendiendo la patria... ¡Encomiencen, musiqueros!...

...Y así como la tierra guarda en su seno la simiente de las eternas primaveras, los dos viejos arrancaron del fondo oscuro de más de media centuria de vida y de lucha, las luces y los colores, la gracilidad y la energía y el perfume amoroso de los blancos racimos de aquellos sarandises que fueron testigos de sus esponsales!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.